

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 15 de agosto de 1874.

Núm.º 7.

TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ò realidad del Sér Supremo.

El es del Espacio, es el es de todo es:—es así, que el Tiempo es esó es:—luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

Veán ahora, nuestros lectores la *Impugnacion*, —y apreciarán en su elevado criterio si nosotros debíamos contestarla de otro modo que con el silencio: no cabía otra cosa colocados ámbos en distintos terrenos como nos hallábamos colocados: nosotros en el terreno de la ciencia, y el señor obispo en el del más puro escolasticismo; nosotros basados en la razon y en Newton, Clarke, Linneo, Kleper, etc., y el señor obispo en la fé y en los Padres de la Iglesia.

Por fin hoy—que la teocracia no nos domina intelectualmente como ayer—damos á luz la *Impugnacion* del difunto obispo, poniendo algunas ligeras notas á su texto porque otra cosa no merece, en atencion á que el debate científico queda en pié.

IMPUGNACION

de las teorías del Sr. Vicetto, sobre la naturaleza de Dios, de nuestro Señor Jesucristo y de las penas del infierno.

«O Timothee, depositum custodi, devitans profanas vocum novitates et oppositione falsinominis scientiæ, quam quidam promittentes, circa fidem exciderunt.» 1.º ad Timoth. cap. 6.º V. 20.

«O Timoteo, guarda el depósito, evitando las novedades profanas de voces, y de contradiciones de ciencia de falso nombre, la que prometiendo algunos, se descaminaron de la fé.

Al entrar en el exámen analítico de las teorías tan extrañas con que el Autor de la *Historia de Galicia* tomo 2.º página 235 y siguientes, intenta explicar la naturaleza de Dios, la de Jesucristo, y la de las penas del infierno, debemos protestar que ninguna animosidad abrigamos hácia su persona que ni siquiera conocemos, ni es nuestro ánimo aparezca en lo más mínimo lastimada su reputacion de católico, ni queremos despertar en esta triste *polémica* pasiones que digan alguna oposicion con los deberes que impone á todo cristiano la divina Religion que manda que, al aborrecer, combatir y luchar contra el error, se ame con ardiente caridad áun al que de mala fé en él se precipita. Hecha esta confesion, veamos lo que el Sr. Vicetto con un aire desdénoso y de

una manera autotélica (1) afirma sobre los tres importantísimos puntos que tomó como base para explicar la divergencia entre el Católicismo y el arrianismo.

Dice pues: «distingamos este punto—la divergencia entre aquel y éste—de elevada importancia para la humanidad, segun lo concibe nuestra mente, sin apoyarnos en afirmacion alguna extraña (2); de una manera, en fin, *autotélica*:» En estas palabras, que revelan la mayor arrogancia y la más temeraria é ignorante presuncion. (3) que favorecen poco a la buena fé

(1) La palabrilla le indigestó algo al buen prelado, como si no viniera *ad hoc* donde nosotros la empleamos ó no constara en los Diccionarios: Es verdad que no consta en los antiguos, pero si en los modernos. Sabido es que la filosofia tiene necesidad de valerse de palabras que expresen por si solas una proposicion ó frase: por ejemplo *ubiquid d*, la aplica á la presencia actual de Dios en todas partes; *immanente*, á la accion cuyo término se queda en su mismo principio ó causa que la produce; *autodidacto*, á lo que se aprende sin maestro, y *autotélica*, á la calidad de un sér que puede trazarse á si mismo el fin de sus acciones, y por consiguiente *autotélica* (como adjetivo,) al conocimiento que emana del modo con que nuestro espíritu utiliza las lecciones de la razon ó de la experiencia. Indudablemente el buen obispo desconoció la acepcion de la palabra, ó no le pareció adecuada —y sobre esto se permite epigramas de muy mal género para un prelado, —lo que nos autoriza á bailar al son que tocan. Conste, pues, que si en las notas empleamos algunas veces el estilo humorístico, es porque el Sr. Don Ponciano nos dió el ejemplo: en practicar la virtud de *al prógimo contra una esquina*, no queremos ser *autodidácticos*, sino aprender de el *maestro* ó pastor de almas.

En cambio de la voz *autotélica* que el difunto obispo nos devolvió con tanto donaire é ironía, nosotros le devolvemos en las notas que ponemos á su *Impugnacion* la voz *presencialidad*. Y en esto llevamos una ventaja, —y es que la nuestra se halla en los diccionarios y la del prelado no.

(2) Claro está. Quisimos juzgar por nosotros mismos, valiéndonos de la luz de nuestra razon y de las inducciones y deduciones propias. No quisimos calificar de blanco ó negro tal ó cual cosa, porque lo haya dicho San Pablo, San Gil ó San Crisóstomo, pobres y miserios gusanos de la Tierra como nosotros.

(3) Ignoramos, áun hoy, que arrogancia ni que presuncion puede haber en emitir una apreciacion propia respecto de un hecho histórico: estábamos en nuestro terreno de historiadores. Ah! como hasta aquí la historia estuvo *explotada* por el clero, pues nadie sinó él la vino *monopolizando*.

de un historiador, (1) que deshechan toda enseñanza, todo magisterio, incluso el infalible de la iglesia, (2) se nota desde luego la imposibilidad de acertar á escribir, cual conviene, la tal divergencia; porque para ello era necesario de todo punto apoyarse en autoridades, no extrañas, sino muy legítimas. (3) Debía saber además el autor que hay y no se escribe la historia sin citar los documentos ó fuentes en que se apoya para sentar los hechos y deducir las naturales consecuencias, ni se cree al historiador que narra magistralmente sin

hasta nuestros días, indudablemente le pareció arrogancia y temeraria presunción al señor obispo que nosotros nos metiéramos á apreciar la divergencia que había entre el catolicismo y el arrianismo. No encontramos otra explicación á su mal humor, á sus calificaciones *ab irato*: á sus calificaciones tan injustificables como malévolas.

(1) ¿Qué tienen qué ver las apreciaciones históricas con la veracidad ó exactitud de los hechos históricos? El historiador expone el hecho, despues lo aprecia: en lo primero es *esclavo* de los monumentos ó documentos que comprueban el hecho, en lo segundo es *libre*, enteramente libre para apreciarlo. El hecho es una cosa, la apreciación del hecho es otra: en lo primero puede haber buena ó mala fé, convenido; pero en lo segundo no;—y como aquí se trata de lo segundo, esto es, de apreciar la divergencia que había entre dos sectas, ¿á qué viene eso de la *buena fé* del historiador?

(2) La iglesia, la iglesia! aquí es donde siempre duele. Dichosa palabra, dichosa entidad moral que te quieren hacer *superior* al mismo Dios! Algunos llaman impiamente á la iglesia la ciudad de Cristo, cuando el mismo Cristo la condenó en el *Sermon de la montaña*: lo que debieran llamarle es la ciudad de Jauja, *donde la holgazanería come y no trabaja*. El día que las gentes cándidas ó oscuras comprendan que entre Dios y el hombre no hay, ni puede haber sér alguno intermediario, como terminantemente lo expresó Jesús en el mismo *sermon*, concluirá para siempre esa ciudad de Jauja. La conciencia es lo que eleva el alma á Dios ó la aleja de él. Quien no encuentra á Dios en el *limpio y puro* cristal de su conciencia, no lo podrá ver en lugar alguno, por más que á este lugar lo inciensen, lo iluminen, y lo impresen de músicas y de cánticos mas amorosos que el Cantar de los cantares. El alma *podrida*, la mano de cura alguno habido y por haber, la podrá purificar jamás! Tendría que hacerla nueva, y sólo Dios es el *padre* de las almas; no los hipócritas, los explotadores y los fariseos de siempre.

(3) Para el señor obispo las autoridades legítimas, de seguro, serían San Pablo, San Pedro etc. respecto á apreciar la cuestión. Y para *apreciar* un pleito, sabía por demás que hay que oír á las dos partes. Nosotros para apreciar el hecho, hemos tenido presente las creencias de los católicos y las de los arrianos.

indicar las fuentes donde bebió el conocimiento de aquellos sucesos que él no ha presenciado. (1) Nosotros que no somos autotéticos, que reconocemos la autoridad y su necesidad, (2) que caminamos humildemente sin avergonzarnos por la huella que nos han trazado los que nos han precedido, (3) podemos apreciar, cómo, cuándo y en qué puntos los arrianos disentan de los católicos. (4) ¿Erraban acaso, aquellos á cerca de la naturaleza y atributos divinos del modo y manera que refiere el señor Vicetto? No: erraban sobre la divinidad y consustancialidad del Verbo, Hijo del Eterno Padre, en todo igual y consustancial á Él, y por necesidad Dios como Él. Si el historiador de Galicia hubiese estudiado la historia, esto es lo que habría aprendido. (5) Pero dejando á parte su falta de ti-

(1) Precisamente, si de fastidiosa peca nuestra obra, es por las innumerables notas con que exponemos los hechos. Tal vez no haya historia de España ó de alguna región de España que contenga más. A la vista está. Luego el cargo es soberanamente injusto, por no decir que entraña una calumnia.

(2) Así anda todo por santificar las *canas del error*. No hay más autoridad en las ciencias que la *verdad*, nada hay más grande. El mismo señor obispo nos lo escribía en su comunicación: «nada más grande que la confesión de la verdad, donde quiera que se halle.»

(3) Eso es cuestión de gusto, pero tiene el inconveniente de estacionar al individuo en el más deplorable oscurantismo. Los brillantes descubrimientos del mundo *nuevo*, matan las creencias oscuras del mundo *antiguo*. Si nuestros abuelos adoraban y enseñaban á adorar á falsos dioses, una vez que la ilustración evidencia la falsedad, debemos prosternarnos ante la luz y renegar de las tinieblas. Esta es una tra lógica.

(4) Eso, precisamente es lo fatal. Apreciar la doctrina de los arrianos ó sus creencias sobre la divinidad de Jesucristo, siguiendo las huellas ó las apreciaciones de los católicos que nos precedieron, no es estar en lo justo: el espíritu de secta ó de opinión religiosa, ciega.

(5) ¿Qué historia habíamos de estudiar? Con este golpe de bombo parece que el Sr. obispo quiso decir algo, y no dijo nada. ¿Qué historia? volvemos á preguntar. ¿La historia de los arrianos *escrita por los católicos*? Esa no enseña más que que animosidad; ya sea la historia nacional, monopolizada hasta aquí por el clero, ya la historia universal escrita bajo el temor de los rayos del Vaticano.—Además ¿qué decimos nosotros sobre el punto de divergencia entre los católicos y los arrianos, sino que no reconocían la divinidad de Jesucristo? Los arrianos conceptuaban á Jesús como entidad *aparte* (inconsustancial) de Dios; lo consideraban como una norma engendrada por Dios (que era mucho,

no y buen juicio en este punto, sigásmole en otros en que por desgracia no ha de andar más acertado. (1) Continúa en su autototismo diciendo: «Al efecto, tenemos que consignar, primeramente, lo que entendemos por Dios, esto es, la naturaleza de Dios; después, descenderemos a explicar la naturaleza de Jesucristo, esto es, si era divino ó humano.» Del modo de plantear esta cuestión se deduce que al menos lo está en términos inconvenientes: (2) más, es lo menos que podía expresarse de una cabeza autotética (3), que *no se apoya en afirmaciones extrañas*. En Jesucristo hay que reconocer y confesar dos naturalezas inconfundibles impermixtas, realmente distintas, misteriosamente unidas en una sola persona divina, que es el Verbo, según definió el Concilio de Calcedonia contra Entiques y los suyos: (4) por consiguiente Jesucristo ni es divino ni humano adjetivamente, sino sustantivamente, Dios verdadero y verdadero Hombre. (5)

(Se continuará).

conceder) para dechado de los hombres.—Este es el hecho, como en la Historia de Galicia lo comprobamos digan lo que gusten los escritores católicos; —y este hecho consta en los estudios publicados sobre el arrianismo por escritores sumamente imparciales, esto es, ni arrianos ni católicos, ni negros ni blancos ¿se quiere una explicación más contundente?

(1) Muchas gracias por la cortesía. Este señor obispo no tenía precio para formular apreciaciones vagas é insustanciales.

(2) Eso no es plantear la cuestión por nuestra parte, es iniciarla incidentalmente. La inconveniencia, pues, recae aquí sobre el señor obispo, no sobre nosotros.

(3) ¡Qué humorístico está aquí el prelado! ¡qué gracioso! ¡qué payaso! Esto de cabeza autotética no pasa de ser un chiste de calle uela como si dijéramos una cabeza poncianesca, mitral...!!! —¡Pobre Sr. D. Ponciano!— sos insultos no ilustran un debate, lo rebajan. Es propio de gente grosera usar de insultos, cuando se vé perdida en el terreno de la razón. El insulto es la *poesía* de la fuerza bruta.

(4) ¡Magníficas naturalezas inconfundibles, impermixtas, distintas y misteriosamente unidas! ¡Magnífica Divinidad, magnífico Verbo, magnífico Concilio y magnífico Don Ponciano!

(5) Entonces Dios no es la suma de todas las perfecciones, porque lo más admirable, lo más perfecto de Dios es, que ni puede ser más, ni pudo ni puede ser menos de lo que es. El antropomorfismo ya caducó; y solo puede admitirse por las gentes oscuras. Hablar del antropomorfismo en serio, sería una broma pesada.

BRINDIS

pronunciado en el banquete que se celebró el día 2 de marzo de 1836, en las inmediaciones de Santiago.

Sol de la libertad, tu lumbre dame,
deja que el fuego que en tu rayo brilla
mi generoso corazón inflame,
y bajo el cielo de la fiel Castilla
entonaré mi canto... haré que llame
á los vástagos dignos de Padilla,
para decirles de su gloria en nombre
que no ha nacido para esclavo el hombre.

Que es hechura de Dios omnipotente,
y que su imagen esculpida lleva
para eterno blason, sobre la frente
que con orgullo al firmamento eleva,
y que su origen celestial desmiente
y alma mezquina y miserable prueba
el que teniendo corazón y manos,
sufrir el yugo sin ley de sus hermanos.

Todos hijos de un padre hemos nacido,
y es mengua el privilegio de la cuna,
honra dá la virtud... no el apellido
ni el halago de próspera fortuna.
Cristo es hijo del pueblo, él ha querido
que la familia humana fuese una,
y que solo á los justos, desiguales,
fuesen ante la ley los criminales.

Al nacer de un honrado carpintero,
desnudo en un portal, lección sublime
ofrece de igualdad al mundo entero,
vé que la humanidad esclava gime,
y generoso espira en un madero
por librarla del yugo que la oprime,
¡Y el hombre imbecil, misero gusano,
se transforma en verdugo de su hermano!

Déspotas insensatos de la tierra,
temed, temed el día tremebundo
en que gritando libertad y guerra,
se estremezcan los ámbitos del mundo.
temed, temed; al pueblo no le aterra
cuando rompe sus freos iracundo,
la necia pompa y esplendor del trono...
todo lo vence al fulminar su encono.

Venid á mi, los que miráis la vida
sólo de amargos sinsabores llena,
los que lleváis la frente, desteñida
por el hambre y la sed, al mundo agena...
y vosotros ¡oh turba envilecida!
que arrastráis indolentes vil cadena...
jornaleros, esclavos y mendigos
venid a ser de la verdad testigos.

Pueblos de Europa, pueblos de la tierra...
no hay más que una nación y un soberano
que á cuanto el orbe en su contorno encierra
dio vida con su aliento sobrehumano.
alza ¡oh pueblos! un pendon de guerra
y e infante y el joven y el anciano.
seguidle, si hay valor en vuestros pechos,
y haced prevalecer vuestros derechos.

Si, pueblo libre... tus derechos vela,
vela tu santa libertad querida...
no te duermas sagrado centinela
de tu honra propia y de tu propia vida...
si el político mar calma revela,

la tormenta quizá ruje escondida
debajo de sus limpidos cristales.
¡y ay de tí si á la mar sin rumbo sales!

Jornalero, levántate y despierta,
abandona un momento los talleres
que tu sueño al baldon abre la puerta.
vela por tus derechos, si no quieres
ver de tus hijos la deshonra cierta...
si no quieres mirar á tu mujeres
arrastrando por tí las infelices,
el epíteto vil de meretrices.

¡Oh!.. no, venid los que al sagrado acento
de pátria y libertad, á la pelea
correis sin vacilar. Venid, yo siento
que en mi e piritu ardiente centellea
fogosa inspiracion... si, dad al viento
vuestro libre pendon, y el mundo vea
que somos grandes y lidiar sabemos,
cuando ultrajada nuestra frente vemos.

Harto, pueblo leal, hemos sufrido,
fné vergenzoso ufimimiento tanto,
más, dignos de otra suerte h mos nacido,
se alzara de una vez el grito santo
y sonará el cañon. A su estampido
libre y guerrero enton ré mi cinto,
y os guiaré con é á la victoria,
ó á morir en la lid, pero con gloria.

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA*

Hijo del pueblo soy y me envanece
digno vástago ser de su linaje.
oprobio, mengua y malaicion merece
quien el blason de su virtud ultraje.

A. AGUIRRE,

Brindo por quien, señores, la victoria
muerto más no vencido dió al tirano;
al ilustre varon de alta memoria,
el célebre Catón republicano;
de nuestra idea á la futura gloria,
y brindo por *el pueblo soberano...*
y á quien acate libre como el viento
el vuelo del humano pensamiento...

Oye ¡oh pueblo! sectario de una idea
hendecida de Dios; oid, hermanos:
no abandoneis el campo de pelea,
todos sois en la tierra soberanos:
ya rompe nuestra aurora y centellea
y ha quemado la frente á los tiranos,
que cobardes les ciega y les asusta
el resplandor dela verdad augusta.

Campeones de Dios sábio y clemente,
iguales os formo naturaleza;
soltad el vuelo á la abrasada mente,
levantad á los cielos la cabeza;
decid, ¿quien hizo al hombre diferente
de su hermano? ¿quien dió mayor nobleza
al corazon de un dé-pota tirano
que al honrado sudor del artesano?

Responded, no sentis todos latiendo
gigante un corazon dentro del pecho,
un pensamiento en la cabeza ardiendo
que á todos juzga con igual derecho?
¿hay razon á que el uno esté gimiendo

y el otro duerma en el dorado lecho,
convirtiendo de Dios los hijos bravos
en tropel de reptiles y de esclavos?

Y tú, pueblo, el que sufres resiguado,
el que das hijos á la inicua guerra,
el que haces, pobre, de sudor bañado.
en pardas mieses reventar la tierra;
tú que ignorante vives humillado,
tu grande porvenir en tí se encierra:
¡pueblo libre! levántate, y valiente
al sol contempla con osada frente.

No es tu suerte alcanzar sangrienta palma
para un poder sin leyes y sin vallas,
el quebrantar las alas de tu alma
y el entregar tu cuerpo á las batallas:
no servir como esclavo á quien con calma
te mira revolverte en las metrallas,
y enemigo inhumano de tu vida
asaltarte en combate fratricida.

No hay vallas para tí, sobre tí brilla
grande la libertad; libre es tu ciencia;
tu corazon sagrado y sin mancilla,
libres tu pensamiento y tu creencia;
un baldon de tu raza la cuchilla
que viola la voz de tu conciencia.
¿quién es tu juez? ¡oh pueblo! no tu hermano:
tú eres de tí mismo el soberano.

Caiga, pues, esa turba de reptiles
que ostenta con orgullo sus blasones,
pisalos todos cual gusanos viles,
quème el fuego sus necias distinciones,
y habiten los cernicalos sutiles
la oscura soledad de sus mansiones,
y arrebaten los roncós torbellinos
el monton de sus viejos pergaminos.

EDUARDO PONDAL.

EL PUENTE DA.

II.

El escudero.

Despues de una noche fria y lúgubre, y de una
aurora cubierta con un espeso cendal de niebla, au-
rorra no ménos lúgubre que la noche, era grato con-
templar aquellas montañas que bañaba el sol con su
luz de grana y oro, y que parecia brindar con ella
á sus retirados habitantes.

De repente, y en medio del silencio de la ma-
ñana, la puerta del castillo feudal de Parga rechi-
no sobre sus goznes; y al entreabirse las pesadas
hojas, salieron de la fortaleza una dama, un caba-
llero y un escudero, ginetes todos en arrogantes y
bien enjaezados caballos.

Faldearon luego las colinas que sirven de marco
á la laguna de Guitiriz, siempre á un trote largo y
sostenido, dejaron á la derecha las dilatadas arbo-
ledas que van á perderse en las ásperas y pizarro-
sas pendientes de la «Cola da Serpe» y tomando
la orilla del Parga por donde iba entonces el cami-
no de Lugo, continuaron rio abajo hacia los torreo-
nes de Vaamonde que distaban como ahora de los
de Parga unas dos leguas ó poco más.

La dama, jóven y bella, cabalga delante haciendo caracolear con gracia su linda hacanea; el caballero, afable, de buen talante y como de unos cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, llevaba su bridon al trote y pugnando por dar la derecha á la hermosura siempre que lo permitía la escabrosidad del terreno; y el escudero, jóven, blanco y rubio, con infulas de buen mozo, conservaba una distancia respetuosa cual convenia á su condicion y á la de sus señores; pero no sin dejar desapercibidas las palabras que cambiaban estos; en lo que parecia poner suma atencion y cuidado como si fueran de gran importancia ó le atañeren en algo.

—No debeis estar más que dos dias en Vaamonde, señor; le aconsejaba ó más bien le rogaba la dama al caballero.

—No; contestaba éste, necesito más de dos dias; quince lo ménos.

—¡Oh! gesticulaba la dama con disgusto. Las deferencias que vais á zanjar con D. Gomez, son más bien cosas de dos horas que de dos dias ó de quince. Decid más bien, señor, que no os distrae el amor de vuestra familia...

A estas palabras de la dama, el escudero levantó la cabeza que llevaba inclinada sobre las crines de su tordo; y se puso á mirar á ámbos con ansiedad.

—Decid, continuó la dama con una voz sumamente dulce y pesarosa; decid que mi compañía os enoja, y que procurais alejaros de ella, posponiendo mi amabilidad á la de la castellana de Villalba que se halla allí, en Vaamonde.

El caballero se sonrió á estas palabras.

—Leonor, le dijo; delirais, hija mia. ¿Qué amabilidad puede compararse á la vuestra? ¿Hay alguna mujer más afectuosa que vos en el mundo? ¿No haceis la felicidad de mi pobre hijo, y por consiguiente la mia, con vuestro cariño y vuestra adhesion sincera? Sólo vuestro corazon de ángel es capaz de hacer lo que hace; la felicidad de un sér tan deforme como él en alma y cuerpo.

Y era así; porque su hijo, el esposo de aquella bellísima dama, era un jóven deforme de veinte años. Tan horroroso de cuerpo como de alma. Tuerto, raquitico y enfermizo de cuerpo; tuerto, iracundo y cruel de alma. Era una organizacion detestable, un verdadero diablo que tendreis ocasion de maldecir en los incidentes que constituyen esta leyenda.

—Muy bien; objetó la dama; todo eso que acabais de decir, señor, me favorece bastante, pero no pasa de una galanteria. Os doy las gracias por todo. Sin embargo convenid en lo que os dije ántes y os repito ahora: loqueteneis que hacer en Vaamonde es cosa de un dia, de hoy mismo, y no de tantos dias como vos suponeis.

Estas dulces reconvenções de la dama alarmaban más y más al escudero. Atento, ansioso y agitado, cada una de estas reconvenções parecian sobre saltarlo profundamente como si tuvieran relacion con alguna cuestion ó incidente de vida ó muerte para él.

Por dos ó tres veces brillaron sus ojos sinietramente sobre la dama y el caballero, como si quisiera abrasarlos con el fuego de sus miradas; y otras tantas se contrajeron los músculos de su rostro expresando un disgusto muy marcado.

—Permitidme esta expansion de ternura, señor, prosiguió la dama; yo me he habituado tanto á vuestro trato y á vuestro cariño que siento en el alma estar ausente de vos. Nunca conozco bastante lo que os amo como cuando teneis que separaros de mi lado. ¡Sois tan bueno! ¡tan afectuoso!

—Ahora me toca á mi inclinarme, Leonor, dijo el caballero sonriéndose; galanteria por galanteria ¿no es verdad, hija mia?

Y se inclinó en efecto caballerescamente.

Por este tiempo llegaron á la encrucijada de Velote, donde se cortaban los caminos ó más bien veredas de Villaiba, Vaamonde, Sobrado y Guiritiz, y todos hicieron alto.

—Hasta aqui, Leonor; dijo el caballero, hasta aqui, hija mia.

La dama contestó con una mirada de tristeza, que como todas sus palabras, fué apercibida por el acechoso escudero, el cual nada desperdiciaba de miradas ni de palabras que pudieran tener relacion con las sospechas que concibiera.

—Adios, Leonor; dijo por fin el caballero tendiéndole una mano.

La dama alargó tambien la suya; y una lágrima se dibujó en sus párpados.

—¡Volved pronto, señor; volved pronto! imploró al mismo tiempo

El caballero hizo un movimiento con la cabeza con que parecia prometerle volver muy pronto; se sonrió afable y tristemente; y picando á su bridon se disparó á galope por el camino de Vaamonde.

Leonor lo siguió con la vista hasta que las espesas enramadas de Velote cubrieron al caballero como las bambalinas del teatro; y luego, inmóvil y silenciosa por un momento en la encrucijada, otra lágrima se dibujó en sus párpados.

Entónces fué cuando el escudero de cabellos rubios, ojos azules y cutis de nieve, despegó sus labios hasta aquel momento cerrados:

—¡Qué sensible sois, señora! murmuró.

La dama volvió la cabeza hácia el que hablaba; y bañó su figura con una mirada de desprecio.

A esta mirada despreciativa el escudero se estremeció de angustia. Llevó una mano á sus rizados cabellos como para arreglar un mechon con que el viento cubria parte de su rostro, y los dedos de aquella mano se crisparon bajo la espesa melena fuertemente agarrados como si pretendieran arrancarla en aquel instante de sufrimiento.

La dama continuaba aún inmóvil, silenciosa y triste sobre su linda hacanea. El viento parecia ceder del todo; el sol bañaba las calladas arboledas con su luz de oro, y las aves saludaban aquellas agradables horas del dia con sus animados trinos, únicas armonías de las soledades que corta el Parga como una cinta de plata ó de cristal.

De repente, la respetuosa distancia que mediaba entre el alazan del escudero y la hacanea de la dama, la salvó éste haciendo avanzar á su caballo lentamente.

La dama entónces sorprendida por esta descortesía, volvió la cabeza vivamente y sus ojos despidieron una segunda mirada de desprecio y altanería, á cuyo peso se inclinó respetuosamente la cabeza del escudero.

—¿Por qué os acercáis?... ¿qué quereis? preguntó la dama enojada.

El escudero se turbó á estas preguntas; y se disculpó torpemente llevando la mano á su birrete y tartamudeando:

—Es muy fogoso este alazan, señora, y apenas puedo contenerlo.

—¿De cuándo acá? preguntó la dama. Yo lo he montado varias veces y pocos hay más dóciles que Gavilán.

El escudero quiso contestar y no pudo. Atragantado y trémulo, cejó con los ojos fijos en las tendidas crines de Gavilán.

B. VICETTO.

(Se continuará.)

LA PRIMERA LÁGRIMA.

El capullo de la flor,
al hacer al alba dueña
de su perfume y color,
la lágrima del dolor
entre sus hojas enseña;

y al aparecer la aurora
por el sonrosado oriente,
con su voz dulce y sonora,
al par que lágrimas llora
da suspiros al ambiente.

El hombre en son de dolor
también al nacer se queja;
¿su penetrante alarido,
será por haber nacido
ó por el mundo que deja?

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

1856.

GALICIA PINTORESCA.

LA CASCADA DEL TOJA:

Acababa de tornar á mi pueblo natal despues de algunos años de ausencia. Los azares de una revolucion me habian arrojado de sus muros, y los huracanes de otra me habian vuelto á traer: así como las tempestades lanzan del puerto al buque en él anclado, para traerle de nuevo en brazos de las olas y precipitarle sobre sus muelles, roto y demantelado, sin limon y sin jarcias.

Aficionado desde mis primeros años al estudio de la naturaleza, de ese inmenso libro que nunca se acaba de leer ni de descifrar, como todas las obras que salen de la mano de la Providencia, entreteníame una tarde en relatar á uno de mis más fieles y antiguos amigos, las bellas escenas que en el curso de mis peregrinaciones habia admirado y aplaudido. Nos ocupábamos de la cascada de Gaverny, que á semejanza de los artísticos surtidores que adornan los vistosos jardines de Aranjuez, brota y se desata por entre los precipicios de los gigantescos Pirineos. Acordándome de la prodigiosa elevacion de su caída, y de la majestad que des-

plegan sus aguas, formando un abanico de espuma al derribarse, me atrevia á llamarla la reina de esos espléndidos y sorprendentes saltos de lluvia que decoran nuestro globo, desde el Niágara hasta el Nilo.

Mi amigo me dejaba hablar. Se entretenia en ver cómo la imaginacion aglomeraba sobre la paleta de mis labios las más severas entre las más risueñas tintas. La memoria de la cascada de Gaverny prestaba á mi lengua, naturalmente torpe, inspiracion, verbosidad y poesia. Pero, no bien habia concluido de hablar, cuando exclamó:

—Voy á pagar pintura por pintura, cuadro por cuadro, imágen por imágen; sólo que lo que tú me ofreces es una hoja arrancada de un *souvenir* de viaje, y lo que yo te prometo es un lienzo que hemos de ir á contemplar mañana á un museo que tiene por galerías todo el universo, á la Divinidad por su dueño y por guardianes el santo respeto que inspira la solemnidad de sus maravillas.

Dicho y hecho. A la mañana siguiente montá-bamos á caballo en el campo de la Estrella de la ciudad de Santiago, punto de partida de nuestra expedicion improvisada. Cojimos las riendas, apretamos los hijares á nuestros potros y nos dirigimos hácia las corrientes del Ulla.

La variedad es la belleza de Galicia, pais formado por las mil ramificaciones de las montañas que elevó la mano de Dios para servir de dique al océano occidental. Sus valles, generalmente de corta extension, sucedense con asombrosa rapidez ante los ojos del viajero. Ceñidos por la sombría faja de los montes bastan algunos pasos para cambiar el cuadro más triste en la más alhagüena perspectiva, y una colina, una simple roca operan á veces este cambio prodigioso.

Al ver cómo aparecen en continuada alternativa las blanquecinas moles de granito, las espesas selvas y los profundos valles que ostentan una vejeta-cion rica y variada, créese uno trasportado á la pintoresca Suiza, y se detiene, mal á su grado, para contemplar desde el borde de un precipicio un pueblo laborioso que habita en su fondo, sobre una alfombra de verdura, y para oir el rumor acompasado de sus instrumentos de labranza y el eco melancólico de su canto que trae el viento en desiguales ondulaciones,

Más adelante desaparece todo; á la floreciente campiña reemplaza una llanura árida: y al murmullo del lejano cantar, el ruido monótono del torrente. Ya no hay bosques ni praderas, ni se vé la recortada hoja del roble, ni la elegante forma del americano maiz que mece en la extremidad su paoja dorada; fijase la planta en un suelo desmenuzable, y la vista en un horizonte desnudo sobre el cual asoma como el cráter de un volcan antiguo, la *mamoá* ó círculo oratorio de los celtas, en donde un tiempo resonaban las plegarias de la multitud, y hoy sólo se escucha el susurro del insecto que pasa rozando la amarilla flor del tojo ó la campanilla del brezo.

Tal es Galicia, la verde Erin de España, con sus montañas y sus valles, sus grutas sombrías, sus bosques poblados de fantasmas, y sus hombres valientes y supersticiosos que llevan todavía en el rostro el tipo de las razas del norte, y en los cantares el melancólico recuerdo de los fenicios y los griegos.

No es en las espaciosas llanuras de uniforme vegetación, donde se revela el carácter peculiar del suelo gallego, sino en las situaciones de imponente sublimidad que agovian el ánimo bajo el peso de reiteradas y opuestas impresiones.

Desde los elevados picos de Ancares, cubiertos de nieve una gran parte del año, hasta las templadas orillas del océano, pobladas de vid y de naranjos, la extraordinaria desigualdad del terreno ha multiplicado estos cuadros sublimes de que la pluma sólo puede dar una ligera idea. Véase á veces una elevada montaña, cuya pendiente rápida, cubierta de redondeados peñascos asemeja una cascada de granito; algunos caídos en el fondo se esparcen aquí y allá, mientras otros medio inclinados en una inmensa altura, tan sólo esperan la más ligera conmoción para precipitarse. Oprímese entonces el corazón aterrado al descubrir al pié de la montaña algunas débiles casas, en donde se canta y se ríe y se duerme tranquilamente bajo la gigantesca mole, casi suspendida en el espacio, midiendo su seguridad por cada año que transcurre y sin reflexionar que cada día, cada hora, cada minuto quizá arrebatada al abismo una arena de su base. Son como el frágil nido de la abubilla formado en el lecho seco de un torrente, que cuando retumbe el trueno será arrebatado por las aguas de la tempestad.

Allí, á su presencia, ante estos contrastes imponentes que fatigan la imaginación presentando la inmovilidad al lado del movimiento más rápido, el silencio perturbado por el estruendo más espantoso, la tranquilidad bajo el peligro más inminente, allí es donde el pensamiento se niega á la realidad y llega á poner en duda su misma existencia.

Había ya cuatro horas que estábamos andando. Todo cuanto acabo de decir cruzaba por nuestras mentes, todo cuanto acabo de trazar se iba desplegando, como un vistoso panorama, á nuestro frente y costados.

Nos hallábamos á cinco leguas al S. E. de Santiago. Aún ignoraba el objeto de nuestra dirección. Mi amigo observó en mi semblante la interrogación de la ansiedad, y se apresuró á satisfacerme.

—Vamos á ver la cascada del Toja.

Quedé sorprendido. Soy gallego y jamás había oído hablar de semejante espectáculo.

Y sin embargo entre los varios puntos que más merecen fijar la atención del viajero, ninguno de una magnificencia más salvaje que la cascada del Toja. Situada á dos leguas más arriba de la confluencia del Deza y del Ulla, siguiendo la corriente del primero, y en el centro de un país quebrado y lejano de toda población, quizá á esto debe el ser casi desconocida tan imponente perspectiva.

Nace el Toja en la montaña de Candais en el punto en donde este estribo poderoso se aparta de la cordillera. Formado por los arroyos que salen por entre las grietas del granito ó las cenicientas capas del gneis, y aumentado por las vertientes de los montes de Gestoso que le dominan al oeste, desciende á la fértil parroquia de Grava, y corre hácia el norte, atravesando el país de Trasdeza en dirección al Ulla, á cuya región hidrográfica pertenece.

A cada paso se hace el terreno más pintoresco. Deslízase el río oculto y silencioso bajo la entretejida rama de los sauces, ó la sombría bóveda de los sotos de castaños; ó bien aparecen ceñidas sus orillas de extensas praderas, en donde alterna, como en un vistoso mosaico, la verde yerba, el pétalo rojo de la digital y la flor blanca y amarilla de las radiadas. Los campos cubiertos de lino, se extienden á uno y otro lado, como alfombras de terciopelo; embalsámase el aire con el olor de la madre selva y algunas chozas esparcidas á uno y otro lado, dejan ver sus techos rojizos por entre las hojas de los frutales. Por último, allá en el occidente, sobre una considerable altura, aquel bulto que parece una roca es la capilla de San Sebastian de Meda, que da nombre á la montaña y corona este cuadro.

Más adelante, dos cadenas de montes poco elevados avanzan hácia el río y estrechan su cauce. La de la derecha divide sus aguas de las del Deza, que corre á corta distancia en un lecho mucho más profundo, y la de la izquierda termina en la espaciosa meseta del Campo-marzo.

Este monte cubierto de una tierra rojiza, y coronado de una llanura estéril, parece extender su influencia nociva á todo cuanto le rodea. Al llegar á su pié, el río se desnuda de sus adornos de flores, y sus aguas chocando con una enorme peña, penetran por varias grietas que ha abierto su incansante roce. Aquella peña se llama el Molino del Moro. Entre el ruido del agua que se desliza debajo de la roca, el oído atento cree percibir el rumor de una rueda de molino, y la superstición supone en aquel punto la existencia de un molino subterráneo.

Allí el país se vuelve repentinamente áspero y agreste. Desde los bordes del Toja se descubren las laderas de la meseta de Campo-marzo, erizadas de enormes grupos de rocas angulosas y oscuras que se esparcen también por la pendiente, como los restos de una escalera de gigantes. El río corre difícilmente entre trozos de hermosa y pulimentada serpentina, y recibe algunas fuentecillas, cuyas aguas, cargadas de partículas de hierro y de azufre, brotan por las endiduras, tapizadas de cristal de roca, y bajan culebreando.

Al llegar á este punto, se nos hizo el terreno intrasitable y nos vimos obligados á abandonar la orilla, subiendo un poco la pendiente del Campo-marzo, y perdiendo de vista al río que gira hácia la derecha para costear un estrivo del mismo monte.

Después de atravesar una dilatada arboleda de castaños, el ruido del río que no ha cesado un momento de oírse bastante próximo, se convierte de pronto en un rumor sordo, como un trueno lejano, que parece salir de una profundidad espantosa.

J. R. Y FIGUEROA.

(Se concluirá).

UN ABISMO. BALADA.

Un abismo entre los dos
se interpone, Ildara mía,
y en cada márgen sombría
nos ha colocado Dios.

Tristes, solitarias flores
en ámbas márgenes crecen;
y en el espacio se mecen
cantando los ruseñores.

Brillando como zafiros
del negro abismo en el manto,
son: las flores, nuestro llanto;
las aves, vuestros suspiros.

Cuanto más lloro yo mismo
más flores alzan su frente:
pues... con flores haré... puente
para salvar el abismo.

Y si el llanto de mi afán
no forma puente de flores,
un puente de ruseñores
mis suspiros formarán!

B. VICETTO.

Abril—1864.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON CASTO MENDEZ NUÑEZ.

V.

Antiguas diferencias con las repúblicas del Sur de América exigían de nuestra parte una satisfacción, recientes aún el asesinato de Fradera y el traidor apresamiento de la *Covadonga* por los enemigos.

Mendez Nuñez juró sobre el cadáver de Pareja vengar el agravio inferido á la patria española.

Hallábase nuestra escuadra del Pacífico sin víveres, carbon ni siquiera aceite para las máquinas: grave era, pues, la responsabilidad que pesaba sobre el jefe en quien recaía la dirección de la flota.

Arriesgado el combate de Abtao, sostenido el 7 de febrero de 1866 con la escuadra chileno-peruana, que se escondió en un rincón del canal de Chiloe, hizo concebir las más risueñas esperanzas el nuevo comandante. De igual manera se creyeron seguros los enemigos en Valparaiso, juzgando imposible que los barcos españoles bombardearan la población, mediante el veto de franceses é ingleses.

El comodoro americano Rodgers profería quejas y mal disimuladas amenazas, no ménos que el inglés Denman, á los cuales oponía noblemente Mendez Nuñez el cumplimiento de sus deberes.

—Hoy amigos, mañana enemigos,—dijo al despedirse en una entrevista Rodgers.

—Si os interponeis entre la ciudad y la escuadra, mi deber es echaros á pique,—contestó el brigadier.

La respuesta era digna de quien había notificado al Gobierno de Chile estas generosas palabras.

—*La Reina, el Gobierno, el país y yo preferimos más tener honra sin barcos que barcos sin honra.*—

La entereza de Mendez Nuñez desvaneció toda esperanza de impunidad, y Valparaiso fué bombardeado, retirándose, para dejar paso á las balas, los officiosos comandantes que no hacia mucho trataban de impedir el castigo de nuestros provocadores.

El 14 de abril zarpó la escuadra de Valparaiso para el Callao.

El almirante norte americano interpeló al marino español sobre sus proyectos.

La pregunta impertinente de Rodgers mereció de Mendez Nuñez esta seca y enérgica respuesta:

—Voy á la mar.—

Y sin admitir explicaciones y satisfacer curiosidades, surcó las aguas en demanda del Perú.

VI.

El 25 de abril entró en el puerto del Callao la escuadra española, compuesta de la fragata *Numancia*, única nave blindada, al mando de D. Juan Bautista Antequera, yendo á bordo el comandante general D. Casto Mendez Nuñez; la *Blanca*, mandada por D. Juan Bautista Topete; la *Resolucion*, por el Sr. Valcárcel; la *Villa de Madrid*, por D. Claudio Alvargonzalez; la *Berenguela*, por D. Manuel de la Pezuela; la *Almansa*, por D. Victoriano Sanchez Barcaiztegui; y la *Vencedora*, por D. Francisco Patero.

Apenas llegados nuestros marinos, acudió al punto el cuerpo diplomático, ansioso de saber cuando empezaría el bombardeo.

Trascurrido el plazo prefijado, amaneció el 2 de mayo de 1866, aniversario de la jornada más admirable de la historia, y día señalado para romper el fuego contra los peruanos.

Cuatro mil leguas separaban á nuestros valientes de su patria, y tenían cerrada para ellos una costa enemiga de mil quinientas.

Formó Mendez Nuñez tres divisiones. La primera, constituida por la *Numancia*, *Blanca* y *Resolucion* debía atacar las baterías del Sur, en donde había una torre blindada con dos cañones giratorios Armstrong de 300 libras, dos Blackley de 450, veinte de 60 á 80 centímetros, diez y ocho de 32; y otra torre de diez cañones de 68 á 80 centímetros.

La segunda division, formada por la *Berenguela* y *Villa de Madrid*, debía batir los fuertes del Norte, á saber: una torre blindada, una batería de diez cañones de 32 centímetros, y otra de dos Armstrong de 300, dos Blackley de 450, y veinte de 32 centímetros.

La tercera division, compuesta de la *Almansa* y *Vencedora*, tenía que habérselas con los monitores enemigos *Loa* y *Tumbes*, aquel de un cañón de 100 y este de dos de 32; con tres cañoneras de vapor, y con las baterías de la población, que contaban 96 cañones.

Los medios de defensa de los peruanos eran, pues, formidables. Contra sus piezas de gran calibre presentaba España barcos de madera, no habiendo en ellos calibre superior de 68, y quedando reducido el total de nuestros cañones á 77, pues los buques no podían utilizar más que la mitad de los que llevaban y hubo que contar la retirada de la *Villa de Madrid* y la *Berenguela* por averías á la hora de entrar en fuego.

Rompióse éste á las once y cincuenta minutos por la capitana *Numancia*, empezando el combate con todos sus horrores.

Eran las cinco de la tarde cuando la tripulación española cubrió las jarcias, atronando el espacio con sus victores contestados por un ¡hurra! unánime de los buques que habían presenciado el aterrador espectáculo.

La historia grabará con letras de oro el fasto del Callao, en donde una dotación de jóvenes bisoños, hijos en su inmensa mayoría de la fecunda y noble Galicia, apagó los fuegos de un enemigo que podía blasonar de invencible.

Rasgos de heroico valor tuvieron nuestros marinos. La *Almansa* vió abrasados sobre cubierta sus artilleros, sin que ni uno se retirase, gritando: ¡vengan cartuchos! El comandante Sanchez, gallego como sus subordinados, al oír que el incendio á bordo amenazaba volar el buque si no se mojaba la pólvora, contestó:

—¡Qué vuele! Hoy no mojo la pólvora!—

Hubo un momento en que la fragata se encontró

arrastrando el fuego de las baterías del Norte, el de la población y el de los monitores. Propios y extraños, amigos y enemigos, juraron que el valor de los tripulantes de la *Atmansa* no tenía ejemplo.

Entre los dolorosos azares de aquel día, ocurrió el triste episodio de la herida de Mendez Nuñez.

Una balada peruana rompió la baranda del puente de la *Numancia*, llevó la bitácora, é hirió en el costado y brazo al bravo brigadier. (1) Con una serenidad pasmosa siguió en su puesto, hasta que la pérdida de sangre le causó el desmayo, cayendo en los brazos del comandante Antequera, mientras volaba la torre blindada del Sur y hacían nuestros marinos espantoso estrago en el Callao.

El esfuerzo español brilló como en sus mejores épocas.

Mendez Nuñez ganó gloriosamente su pabellón de Contra almirante, y escribió de nuevo en los anales patrios la fecha del 2 de mayo con caracteres de luz.

VII.

La *Numancia* salió del Callao el 10 de mayo para Otahiti, á donde llegó el 22 de junio.

El 8 de setiembre arribó á Manila, reparando allí sus averías.

Tocó en Batavia el 30 de enero de 1867. Pasó el 5 de abril por el cabo de Buena Esperanza, el 30 por Santa Elena, y entró el 17 de mayo en Río Janeiro.

Había dado vuelta al mundo, y vengado nuestra honra ofendida.

VIII.

Cuando Mendez Nuñez volvió á España, convertido ya en una de sus primeras glorias, la patria había cambiado sus destinos.

Nunca como entonces, abierta la vía de la ambición, hubiera podido el ilustre vencedor del Pacífico, ocupar los más altos puestos del Estado.

Pero ni una palabra lograron arrancar de sus labios los que querían escuchar de él su juicio sobre la Revolución de Setiembre.

Nada le quiso deber, y renunció el ascenso que con justicia se le concedía. Sólo accedió, por ser útil á la marina, á ocupar la vice-presidencia del Almirantazgo.

Colmado de aplausos y objeto de la admiración europea como hábil navegante, diplomático inteligente y esforzado guerrero, no era, sin embargo, feliz.

Le dominó una cruel melancolía, cuya causa, si fué un misterio por su silencio, pudo tal vez explicarse por la contemplación de los males de España, no ménos que por la penosa enfermedad que comenzó á minar su salud.

Se creyó que los purísimos aires de Galicia le devolverían las perdidas fuerzas. Al embarcarse, se sintió mejor; pero su preciosa existencia tenía marcado su fin el 21 de agosto de 1869 á las cinco de la mañana.

Jóven aún, pues sólo contaba 45 años sacrificados en servicio de su querida España, le lloró Pontevedra, en donde fué sepultado; le lloró Galicia que perdió en él su hijo más virtuoso; le lloró toda la nación entera, rindiendo el tributo del dolor á la memoria del héroe que había enaltecido los espléndidos florones de la marina española con inmortales hazañas.

(1) En el Museo Naval de Madrid existe un cuadro al óleo de Muñoz Degraín, representando el momento en que Mendez Nuñez fué herido. También se guardan allí el retrato y busto del héroe, sus gemelos, levita, gorra y sable que ceñía el 2 de mayo de 1866.

Tal fué la vida, á grandes y toscos rasgos diseñada, del Excmo. Sr. D. Casto Mendez Nuñez, Contra-Almirante de la Armada, Caballero Gran Cruz de las órdenes de Carlos III, de Isabel la Católica, del Mérito Naval, de San Hermenegildo, de Pio IX, y Vicepresidente del Almirantazgo, modelo de caballeros y dechado de pundonor, lealtad, modestia y patriotismo. (1)

La nación debe toda honra al que mejor quiso honra sin barcos que barcos sin honra.

Duerma en paz el insigne marino, seguro de que la patria no le olvidara nunca.

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Madrid, mayo 1874.

MI PÁTRIA.

Cercana al alto Tecla,
dó nace el torbellino,
y al pié del ancho margen
del caudaloso Miño,
que paga en su corriente
tributo al mar vecino,
se vé mi dulce patria,
la misera Salcidos.
Allí mis tiernos años
corrieron al abrigo
del maternal regazo
(¡para mi mal perdido!)
en juegos inocentes,
en risas y cariños,
tan sólo el bien constante
gozando en mi delirio.
Cortaba, no temiendo
del hado los caprichos,
las flores del contento
del árbol del peligro.
Placer era á mis ojos
coger el pececillo
que en la arena saltaba,
creciendo turbio el río.
Y más placer en potros
lozanos, fugitivos
montar, correr los campos
sin rienda y sin estribos.
Y más placer que todo
trepar a débil pino,
y de sus altas ramas
arrebatar los nidos.
Así ligero andaba
por vacilantes riscos,
de las trezadas ondas
vibrando el estalido,
cual ora por las calles
seguras del R. tiro,
del brazo de una bella
mi dulce brazo asido.

(1) Redactamos esta noticia biográfica del dignísimo hijo de Vigo, en vista de los apuntes por nosotros mismos recogidos; de su hoja de servicios; de su biografía publicada en 1867 en Madrid sin nombre de autor, de los 3 últimos capítulos de la Crónica de la Provincia de Pontevedra por F. Fulgoso; y de las páginas del catálogo del Museo Naval alusivas al protagonista. Además, todos hemos podido ser testigos contemporáneos de sus grandezas.

El riesgo era á mis ojos
mi dicha, cuando niño;
más ora en los placeres
me abrazo á los peligros,
ora me guardo ¡ay triste!
hasta del mal fingido,
Y temo el bien que busco,
y el aire que respiro.
De su traidor se queja
Filena en mil suspiros,
y su desgracia lloro
y eterna la imagino.
En el tormento injusto
que acecha al tierno amigo,
su suerte y mi desmayo
presiento dolorido.
Resuena de la patria
un ¡ay! entristecido
y un puñal de pesares
penetra al pecho mio.
Así del fuerte acero
al contemplar el filo
ya miran los cobardes
su blando pecho herido.
Así los temerosos
del trueno a los rugidos
ya ven lanzarse al rayo
y abrirse en los abismos,
y derrumbarse el cielo
en cascadas mil partido
sobre la pobre tierra
sin guarda y sin asilo.
Oh edad, edad preciosa
del existir benigno,
¡quién a gozar volviera
tus plebeos hechizos!
más ¡ay! que al cielo airado
en vano le repito:
las dichas que pasaron
no torna el hado impio;
el pajarillo alegre
que hirió plomo maligno
no encanta más la selva
ni vuelve al ruido.
Qué breve que es la dicha!
qué largo es el maririo!
gocé un instante sólo,
más desde entonces gimo.
El riesgo era á mis ojos
mi gloria, cuando niño;
más ora en los placeres
me abrazo á los peligros.

JUAN BAUTISTA ALONSO.

Madrid—1840.

LA LOCA DE MOAÑA.

RECUERDO.

Galicia es la tierra clásica de la inspiración!
Galicia ha sido siempre y será manantial inagotable de esa sávia sublime que hace brotar del alma apasionada perfumado ambiente de bellas concepciones, de imágenes seductoras, que nos transportan por medio de la intuición que atesora el mortal, al mundo de los recuerdos; á ese mundo en el cual las ideas estrechan con imperecedero lazo, el haz de hechos

buenos ó malos que constituyeron la historia de la humanidad.

Si Lamartine hubiera visitado en su juventud las tierras que nos vieron nacer, seguramente no escribiría su *Rafael* para Suiza; aquel raudal de poesía, que da realce al lago, que presta colorido á la desnuda roca, tendría campo más lato en esta Galicia tan querida de sus hijos, como vilipendiada por necios que no la conocen.

Aquí la selva de agradable umbria, y el río cuya límpida corriente retrata la lozana vegetación que aprisiona su cauce, se aunan con los múltiples y pintorescas playas donde halla alivio el que padece, goce infinito el que por placer veranea en nuestras costas.

Tierra de costumbres morigeradas, se muestra Galicia la Arcadia de la aflijida España.

De los pueblos que la hacen tan interesante, Vigo ocupó un lugar preferente.

Vigo es como han dicho muy bien los poetas:
La perla del mar.

Bella ondina que tiene en el mar su goce, vela á orillas de la gran ría que le da justo renombre; á su frente vénese multitud de aldeas y el pueblillo de Cangas, — aldeas y pueblo que, con sus elevados campanarios y blancas y di-eminadas casitas, forman ese núcleo primoroso que es admiración de propios y extraños.

Era uno de esos días primaverales del estío de Galicia; murmura el mar esas notas que no sabemos traducir los mortales, y en sus potentes olas se mece la gallarda embarcación que ha de conducirnos al vecino puerto de Moaña. No somos poetas, nunca las hijas de Apolo descendieron hasta nuestra intelectual morada para inspirarnos con sus gracias divinas; y, —debemos confesarlo, —si alguna vez hemos tenido envidia al que posee el cariño de las nueve hermanas, esa vez ha sido el día que es objeto de estas líneas.

Ya la cortante proa separa el líquido elemento; ya se acomodan los compañeros de viage en la pequeña nave, y el viento que con su soplo llena la lona, recoge en su seno la armonía de las guitarras y las flautas, á cuyos acordes se entonan alegres barcaras y trozos de la popular zarzuela.

La brisa que favorece nuestro deceso, nos impele con rapidez suma, y poco á poco, vemos destacarse la magnífica quinta del *Con* cuya envidiable posición la hacen morada predilecta de veraneo de un ex-ministro; pero nuestro objetivo es Moaña, y ya vemos al frente de un valle la magnífica posesión de *El Rosal*, propiedad de los Saavedras, y de la cual pensamos ocuparnos otro día.

Señores de grandes preeminencias en el país, los antecesores del actual propietario, *El Rosal* tiene su historia, como la tienen todas las casas solariegas de Galicia, y abrigamos la confianza de que podremos adquirir para la *REVISTA* algunos datos que nos la den á conocer tal como fué en sus buenos tiempos, y tal cual es hoy que aún tiene bastante importancia.

Los relojes que salen de los bolsillos, son el indicador que anuncia nuestra llegada al punto de destino; un cuarto de hora ha durado la travesía, cuarto de hora de verdadera expansión y regocijo, expansión y regocijo que aumenta el panorama que se presenta á nuestra vista. Los marineros sueltan los remos, y se hechan al agua para conducirnos en hombros á la ansiada playa en la que brillan sus arenas heridas de los rayos solares, con ese fulgor que brillan las estaláctitas que son el mejor adorno de esas cuevas subterráneas que hemos admirado más de una vez fuera y aún en nuestro país, y

*las blancas arenillas
con distracción pisando*

como dijo Zorrilla, nos encaminamos á la casa donde nos esperaban y en la cual todo presagiaba pasaríamos un día feliz; uno de esos días en que olvidando por un momento la realidad de la vida, vive uno para sí mismo; pero ¡ay que en este valle de lágrimas suele verse con harta frecuencia al lado del placer el dolor más profundo, y cerca del lugar donde impera la abundancia, asomar su descarnada faz la terrible miseria...!!

Si alguna vez fuera posible detenernos en la veloz carrera que seguimos por el mundo, á reflexionar hasta donde llegan las penas que alijen a la humanidad, envidia tendríamos tal vez á aquel á quien la fatalidad negó al nacer la luz del día...

La verdadera felicidad no es de este mundo han dicho, y tiene razon que le sobra el que lo dijo; sombras de años os robes, cañas que no pueden con la dorada mies, tío que se desliza cerca de nuestras plantas, mesa abundante, gente alegre y decidora, nada falta á la comun alegría de quien como nosotros disfrutábamos de las deicias de un día de recreo, pero hé aqui que cuando más bien hallados nos encontrábamos, aparece entre nosotros una hurí del valle, una jóven de bellisimas formas, la cual con delicadas manos, y con dulcísima palabras, nos hace preguntas incoherentes, al paso que sus grandes y rasgados ojos azules revelan melancólico mirar. Tan extraña aparicion, fué la conclusión de nuestra alegría, y jamás olvidaremos el recuerdo de aquella mujer. ¡Estaba loca!!!... Pero una locura por lo especial incurable, una de esas locuras que nacen como nacen esas flores solitarias en las grietas de los sepulcros...! ¡Pobre Maria! Llevo sobre mi corazon todavía el peso de tu desgracia; al recordar aún hoy el momento en que te vi, no sé por qué á mi mente se agolpan ideas que me confunden y anonadan...

No sabemos si fué Trueba el primero que lanzó al viento las palabras de: *¡Maldita sea la guerra!* palabras que ellas solas constituyen un terrible poema... pero sea quien fuere el autor de ellas, nosotros repetimos con él: *¡Maldita mil veces sea la guerra!*!!

Maria tendrá 22 años; hija de padres acomodados y honrados, es hermosa como ella sola, de alma impresionable como lo acredita su dolencia, — es el lirio á quien rudo el ábrego, tronchó su tallo en la primavera de la vida.

Pura como las risas que mecieron su cuna, enamorada como lo puede ser la muger que es dueña del ideal que acariciara su ment de niña, Maria gozara un día, ese placer infinito, que si nte el que ama por primera vez, cuando se une con indisoluble lazo al objeto amado; pero Maria era una de esas criaturas que, sin explicarnos las causas nacen predestinadas al martirio, al dolor eterno, al sacrificio inmenso de la propia voluntad... Para Maria hubo un momento en el cual le sonreía cuanto abarcaba su mirada, y sin duda por esta mi ma causa fué más terrible su despertar en brazos de la fatalidad que le agobia.

Dos meses solos de felicidad...! Dos meses y la dicha desaparece de su lado, y la despiadada mano del destino la persigue hasta el extremo de arrebatarse de sus brazos cariñosos al que habia hecho compañero de aquella vida que fuera el sueño de sus primeros años...

Las necesidades de la maldita guerra, se lo llevan para el servicio de las armas, y desde ese instante para ella malaventurado, el corazon se oprimió en su pecho candoroso, el cariño de su alma ó el fuego de su pasion buco las regiones donde cree hallar á su amante, y con él sueña despierta, y con su imágen quiere el sueño intranquilo que presta una remota esperanza... pero, ¡ay! que pasan días y días, y meses y meses, y aquel á quien espera no viene, y la razon de la casta esposa se debilita y en-

tra para ella ese sufrir que no por ser tan dulce, tan poético, como lo es el de la infeliz, deja de ser tan horrible como el que más, vagando errante por la playa y preguntando á todos y siempre al que á ella llega por el que prolonga dolor tan acerbo, angustia tan continuada.

Maldita sea mil veces la guerra! Cuántas páginas de amargura, de lágrimas, de luto son tu cortejo!

La pobre Maria es una de sus victimas! La loca de Moaña padece una de esas enfermedades que concluirá por llevarla al sepulcro; porque su enfermedad es del alma y para ella no tiene remedio la ciencia.

La pena embargaba nuestro ánimo cuando volvíamos para Vigo; al lado del placer habiamos encontrado la desgracia, y este recuerdo nos perseguía aún cuando notamos que Maria parecia despedirnos desde la playa; la seguimos con la vista al tenue resplandor de luna que dibujaba su bella figura, pero poco á poco se fué perdiendo en el horizonte, desapareciendo por fin á nuestra vista, como habia desaparecido para la pobre loca, el bien que poseyera.

RAMON GARCIA VICETTO.

Vigo 22 de julio de 1874.

MORALEJA.

Si oye hablar de Suñer y Capdevila,
se tapa los oidos doña Gila;
pero sale á paseo descotada
y no se tapa nada.
*Ahi tiene V. un retrato, amiga mia,
de las archi-católicas del día.*

LUIS TABOADA. (1)

Vigo—1873.

GALICIA ZOOLOGICA.

LOS LOBOS.

(Continuacion.)

Hay gran sagacidad, gran tino, sabiendo aprovecharse de la oportunidad para dar sus golpes.

Baja á las aldeas, abre un agujero por debajo de las puertas y se introduce en los corrales, mata á cuantos carneros halla, creyéndose que lo hace más bien por precaucion que por la sed de sangre; como el primero y los demás los va llevando uno á uno para ocultarlos entre distiatos sitios, cubriéndolos con hojas secas y ramaje; pero lo singular es, que jamás se notó volviere á buscarlos, sea por temor de que lo descubran ó quizás por olvido. Aunque le gusta la carne palpitante, no por eso desprecia las inmundicias, comiendo á falta de otra cosa, raices, frutas silvestres, maderas podridas, y segun algunos, cierta tierra arcillosa.

En el Norte de Europa, cuando las nieves cubriendo todo el país, les impiden poder encontrar

(1) El soneto *Ecce-Homo*, que hemos publicado en el número anterior, no es del Sr. Neira, sino del Sr. Taboada.

alimento, se reúnen en numerosas bandadas para asaltar las pequeñas poblaciones llegando no pocas veces á las puertas de las ciudades y destrozando cuanto hallan al paso. En esta estacion ¡ay del desdichado viajero que tenga la desgracia de ser encontrado por ellos! Y sin embargo, los habitantes de aquel país, salen en un débil carruaje tirado por tres caballos conteniendo otros tantos hombres armados, á batir una nube de esas hambrientas fieras, por el raro placer de arrostrar un inminente peligro.

«En 1408 los hielos cubrieron tan completamente el Categat, entre Suecia y Dinamarca, que los lobos pasaban de un reino á otro.» «El año 1420 se sintió un invierno rigurosísimo en Alemania, en Holanda y en Francia: París quedó casi despoblado; los lobos llegaron á penetrar en su recinto para devorar los cadáveres.» (1)

En Galicia ya va siendo raro que entren en los pueblos rurales, pero de su resolucion tenemos un hecho bien reciente, en los infelices militas devorados por los lobos en las Puentes, y de un Cura de las cercanías del puente S. Payo hecho pedazos por haber cometido la imprudencia de disparar contra uno. Todo prueba palmariamente que si bien el lobo respeta al hombre, como lo hacen los demás animales, no por eso deja de atacarle en casos determinados.

Es una ridiculez afirmar que si el lobo halla un hombre dormido se echa á su lado para medirse, y si le parece que el hombre es pequeño ó no tendrá fuerzas para batirse con él, que emprende la lucha. En el mismo caso se halla el dicho que, si el lobo ve primero al hombre, éste se queda privado del uso de la palabra. Errores son estos, que parecían mal citados por los autores antiguos (2) pero que no tienen disculpa á mediados del siglo X. X.

Cuvier, hace la historia de dos lobos de la casa de fieras de París, que legaron á tomar tanto afecto á su guardia, como podría hacerlo el perro más cariñoso. «Uno de ellos, dice, había sido criado desde muy jóven de la misma manera que un perro, tomando afeccion á todas las personas de la casa, pero muy especialmente al guarda, á cuyos mandatos obedecía ciegamente. Teniendo éste que ausentarse del jardín, el pobre animal cayó en tal estado de abatimiento, que todos creían se moría; sin embargo, al cabo de algunas semanas recobró el apetito, creyéndole ya olvidado de su afeccion. A los diez y ocho meses el guarda, confundido entre una multitud de espectadores, lo llama por su nombre. El animalito no lo pudo ver, pero su voz le era demasiado conocida, siendo preciso abrirle la jaula para que fuese á colmar de caricias á su antiguo amigo. No tardó en volverse á ausentar el guarda, con lo cual el lobo cayó en un estado de abatimiento aún peor que el primero. Tres años trascurrieron; el lobo vivió en buena armonía con un perro, acariciando á los que le daban de comer. Llegó su amo; era por la tarde y la casa se hallaba cerrada, pero el animal comienza á impacientarse en la jaula, ahulla, alborota y golpea su prision causando tal estrépito que fué preciso abrirle

El animal redobla sus gritos, se echa en brazos de su amigo, le pone las patas sobre los hombros, le acaricia, le lame la cara, amenazando á sus propios guardas con sus formidables dientes por quererle volver á la jaula. Por fin se consigue que entre en su encierro, en donde permaneció triste, inmóvil rehusando todo alimento; una profunda melancolía le hizo caer enfermo; enflaqueció, se erizaron sus pelos y se puso en tal estado que á los ocho días estaba completamente desconocido; nadie dudaba que esta vez moriría. A fuerza de cuidados y buen trato, se le salvó la vida, pero jamás quiso acariciar ni recibir caricias de nadie.

Preguntamos ahora, ¿un perro haría más? Ciertamente que no, antes por el contrario es bastante raro hallarlos tan cariñosos como el lobo á que alude Cuvier. Boitard, dice que tuvo un lobo por espacio de cuatro años sin que jamás intentase huir, á pesar de que vivía en completa libertad, habiendo sido un modelo de obediencia y cariño hacia su amo.

Todo viene á confirmar que, en vez de ser enemigo del hombre, no rebaya su amistad, hallándose contento cuando la posee.

Entre los varios hechos que podemos aducir en comprobacion de esta verdad, mencionaremos el que nos relirió un amigo nuestro. Yendo una noche á echar las cuerdas (1) al río Lambre, cerca del bosque de Cernadas, notaron él y su compañero, que los seguía un perro; antes de amanecer, pasaron al mismo sitio con objeto de recoger las cuerdas y se hallaron sorprendidos con la presencia de un enorme lobo que los estaba mirando desde el bosque. A pesar de este incidente, continuaron su tarea; al poco rato, el lobo sale de la espesura, yéndose á sentar á la orilla del río, siempre mirando para ellos; andaban algo más, el lobo los seguía, se paraban, el lobo se paraba, pero sin el menor ademán hostil, ántes por el contrario, aparentaba estar muy tranquilo.

Al recoger las últimas cuerdas ya era día claro, notando entónces la impresion del pié del lobo en todos los sitios que habian recorrido la vispera, por lo que dedujeron ser el lobo y no un perro como habian creído, el que los siguiera. (2)

El tiempo de la gestacion dura poco más de dos meses, al cabo de los cuales, la hembra da á luz tres á nueve lobeznos, que nacen con los ojos cerrados, tardan dos ó tres años en crecer, siendo su vida, por lo regular, de uno- quince á veinticinco años.

VICTOR LOPEZ SEGANE.

(Se continuará.)

(1) Este aparato se usa mucho en Galicia para pescar las anguilas. Consiste en una cuerda de cuatro á seis brazas de largo, de la cual salen dos á tres cordelitos de media vara en los cuales estan *en cavados* los anzuelos. Estos se cubren con lombriz de tierra ó ranas pequeñitas y se abandonan hasta el otro día ántes del amanecer que se recogen.

(2) Este curioso dato y el de los cachorros del Sr. Marqués de Almeida, lo debo á la amabilidad del Sr. D. Ramon Segale Campoamor, ilustrado hijo del pais y amante de los estudios naturales.

(1) Monluu, Elementos de higiene pública. Barcelona 1847. Tom. 1, página 26 y 27.

(2) Plinio, Libr. VIII. Cap. XXII fol. 173.

JUGANDO Á LA RUEDA.

Se pusieron en rueda
y todas por las manos se enlazarón,
y al grito de *conózcanos quien pueda*
los ojos me vendaron.

Ya en medio de las bellas,
sentí girar la pléyade callada
sin ver ninguna, señalé una de ellas
y resultó mi amada.

Protestaron á coro
de mi infalible ciencia peregrina...
¿y tengo yo la culpa si la adoro
y el alma la adivina?

TEODORO VESTEIRO TORRES.

1874.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

Desde Compostela á Guntín de Pallares.

I.

Los Concheiros.—El puente de San Lázaro.—La cuesta,
la ermita, el castro y la mamoa de San Marcos.—El
castro de Labacolla.—Arzúa.

Compostela duerme todavía entorpecida sin duda por el frío de la blanca escarcha con que enero cubrió sus calles y sus casas. También yo dormiría entregado á los dulces ensueños de la madrugada, si no tuviese necesidad de viajar hoy, no por el ferro carril á cargo de un locomotor, cuya velocidad nada permite ver del país que se atraviesa, no en una silla de postas, cuyo rodar sin descanso sólo deja verlo en confuso, sino en la tarda mula de un maragato sobre macizo albardón, desde el cual puedo á placer notar lo todo.

Estoy en los Concheiros, en donde moraban un día los vendedores de conchas, con que ornaban sus esclavinas los innumerables peregrinos que afluyen al sepulcro del Cebedeo. Esta línea fué siempre una de las principales entradas de Santiago, comunica directamente con Lugo, ahora capital y en otro tiempo corte, unió de consiguiente dos capitales y dos cortes; mas no por eso está mejor. Su suelo es un tarazado de baches como cuevas y de pedruscos como peñascos; el lodo pegajoso de los caminos está aquí interceptando todos los paseos; las lluvias forman extensos charcos en las aceras, de suerte que no sé si es más cuerdo pasar este trozo á pié ó á caballo.

El territorio que se descubre simula también una concha, cuyos surcos son vallecicos poblados de hortalizas y praderas, separados por pequeñas lomas, que en verano sombrean el copudo roble y el frondoso castaño. Se camina por el borde N. O. y N. de esta concha, elevándose poco á poco sobre el valle siempre verde del Sar, en cuyo hondo confín se descubre la antiquísima colegiata y parroquia de este nombre, al pié del río y en medio de una inmensa pradera. Quedan al lado un delicioso vergel llamado el Paraíso, algunas casas de

campo más productivas que vistosas, y varios barrizales poblados de robles, que no desdeñan á su lado al sauco de fruto negro y al laurel de los poetas.

En la calle de San Lázaro, que se encuentra luego, se alza la piadosa ofrenda de un crucero con asta salomónica construido en 1757, y más arriba á la izquierda otro, unos 300 años antes levantado, sirve como de límite avanzado al hospital de lazardos ó elefanciacos que por esta parte tiene la mayor de las ciudades gallegas. Un sepulcro gótico, arrimado á la ermita de este hospital, y algunos restos de esta iglesia, confundidos con las toscas piedras de las reformas posteriores, dicen que en otro tiempo había aquí más esplendor, así como indudablemente habría más celo para aislar á unos enfermos desterrados por la sociedad por el bien de sus semejantes, é incomunicados forzosamente con ella, á fin de concluir con una dolencia, que todavía no se ha podido ver acabada, indudablemente por la relajacion de esa comunicacion y de ese destierro. En las inmediaciones de la capilla aguardaban por la misa labradoras sentadas al sol y labradores en corros, como para decirnos, que aunque tan cerca de la ciudad, estábamos en una poblacion rural.

Más de una hora había trascurrido y el maragato no venía. Me decidí á seguir hasta el puente que más adelante cruza al Sar, humilde río formado no lejos, á espensas de varios arroyos, que se juntan para dar continuo verdor á las dilatadas praderas, alfombra oriental de Santiago. Aguardé otra hora, ya sentado en frente á las cristalinas aguas, ya en pié al abrigo de un muro; al cabo divisé dos mulas con anchos albardones de que pendian repletas alforjas. Detrás venía uno de esos hombres á quienes nada se pega de las costumbres de los pueblos que incesantemente recorren; de esos que tan distintos parecen de los demás, al contemplarlos en medio de los torbellinos de la civilizacion enteramente desdeñosos de los adelantamientos de ella, totalmente extraños al progreso social de que son testigos. Su tostado color y su animada fisonomía revelan bastante su vida fisica en perenne movimiento, y su vida moral estacionaria, de lo que es signo inequívoco su traje, invariable, uniforme. Heo ahí compuesto de anchas y plegadas bragas de estameña, luengos calzones ó botines atados por debajo de la rodilla con ligas encarnadas, y caídos inferiormente sobre un recio zapato de boton, coleteo de cuero barnizado con mugre á fuerza de uso, cintlo de ante bordado en que vá la canana, la bolsa y la cartera, y sombrero de ancha ala y de chata copa ceñida con cordón de seda. Este era el maragato que esperaba.

En el puente de S. Lázaro comienza la rápida cuesta de S. Marcos. Desde su cima se descubre por ùtima vez la ciudad amada de los peregrinos. Brillante con el sol de la mañana, se destacaba contra los azulados montes del oeste con sus cien torres y cúpulas y sus mil chimeneas, en que ondeaban livianas nubes de humo. La blanca ermita de S. Marcos se ve aquí hácia la derecha, en el mismo punto en donde el Apóstol se apareció á un peregrino al lado de la antigua cruz, hoy convertida en pino, á cuyo pié tiraban una piedra todos los que venian

á visitar el sagrado cuerpo, llegando con ellas á formar un monte. Desde este sitio volví á mirar á la ciudad santa; á un brebe rato se ocultó, los montes lejanos se hundieron y se corrió sobre el horizonte una parda y estéril montaña, cortina de luto que también cubrió mi corazón.

En estos tristes páramos ya nadie me dirigirá una pregunta. Aquí la naturaleza duerme en sosegada calma, turbada apenas de tiempo en tiempo, por el «ave María purísima» de algún aldeano que corre á la ciudad; por la cantinela del arriero entonada á media voz al monótono son del cencerro que guía su recua; por el balido de las cabras encaramadas sobre las breñas, ó por el mujido del buey que paca los espinosos brotes de las aliagas sin miedo á cotos ni pastores.

En estas empinadas lomas nada llama la atención: se estrella la vista contra las ásperas pendientes de las montañas, sin descubrir más que la tortuosa vereda, que debía ser magnífica carretera, si Lugo y Santiago hubieran velado más por sus intereses. y á largos trechos alguna otra aldea de pobre aspecto. La primera de ellas está dominada por el Castro de S. Marcos á 472 v. de altura. En frente de él vi una *mamoá*, antiquísimo sarcófago, que encontré abierto, y del cual habían llevado á una aldea inmediata un sepulcro de granito, de una sola pieza, para que les sirviese de pila en que machacar los tojos, con que durante el invierno se alimenta el ganado mayor.

El camino, silencioso, escondido entre barrancos rojizos, va buscando, á costa de ondulaciones y descensos, la Labacolla, en donde un claro riachuelo alimenta una grandiosa fábrica de curtidos. Delante de ella hay una iglesia esbelta, recién construida entre alamos y robles; más allá otro Castro, otero recortado por los celtas, para que les sirviese de altar ó fortaleza; despues se encuentra el Amenal. Esta misera aldeilla da su nombre á una montaña que corre hácia el S. como unas dos leguas. Es la misma que en Fornas encierra aquella rica mina de hierro persulfurado en que el vulgo ve tanta plata y tanta escoria de la que han quemado los moros con sus alquitranes: la misma que dá nacimiento al Picosagro, en donde estan los agujeros encantados.

A las tres de la tarde llegamos á Ferreiros. En su extremo oriental, en una pequeña taberna solitaria, el repuesto de las alforjas y el tinto del Rivero nos dieron ánimos para continuar hasta Arzúa, residencia de un juzgado.

La Arzúa es una modesta villa, parecida al barrio de una ciudad. Divídela en dos porciones el camino, al encontrarla en la loma de la colina. A aquella hora se retiraban á ella, buscando los atajos, los moradores que más habían alargado su paseo, y niños y pobres mageres con haces de leña para alumbrarse y calentarse á la noche. Los diversos obgetos que se alzaban sobre el terreno, iluminados por la rojiza luz de los arreboles de la tarde, proyectaban hácia el levante azuladas sombras sin fin, que rápidamente se desvanecieron. El sol, que al verse en el zénit se había creído señor del universo, ahora sepultado en el occidente, recordaba al poderoso envanecido, cuan efimera es la grandeza. La tierra yacía tranquila en brazos de

la oscura noche; sólo nosotros interrumpíamos su angusto reposo con los acelerados pasos de las cabalgaduras, unas veces mudos é insensibles sobre la arena, otras huecos y sonoros en las peñas concavas, ya estrepitosos y centelleantes contra las piedras del puente Rivadiso, ya transformados en sucesivo chapoteo al atravesar un charco sin nombre ó un vado desconocido. Pronto vimos vibrar en el negro espacio un punto de fuego que en breve quedó fijo; sentimos un leve rumor de vida; despues oimos el ladrido de los perros y el chirrido de un carro; divisamos bultos de edificios y al fin entramos en la posada de Boente, cuyo portalon se abrió de par en par á las voces del maragato.

Así como es un contraste singular un sepulcro en un jardín, una caavera en un baile, así lo sería la vanidad en este meson; aquí en donde la cuadra es al mismo tiempo portal, sala y antesala, y no hay más que unos mismos banquillos para todos y un mismo pavimento, y un mismo techo para las mulas y para los hombres. Solamente la cocina mereció estar separada por un tablado con tantas rendijas como junturas. Cercanos á éste se hallaban amontonados los fardos, banastas y cajones, carga de las sufridas bestias de la recua, que atadas á lo largo de los pesebres, engullian el heno seco con que las habían obsequiado.

Nosotros, ménos afortunados que ellas, lo hubiéramos pasado muy mal en este lugar, donde todo falta, si los maragatos no fuesen los hombres de las provisiones, á las cuales apelaron, sacando de las alforjas algunas libras de tocino, que pusieron á cocer en un tiznado pote suspendido de los llares. En seguida mi buen Felipe se fué con Tirso su criado, á reconocer las herraduras de las caballerías. Despues de cenar, me guiaron á la casa inmediata en donde me esperaba la cama, limpia en verdad, pero más dura de lo que conveni. Allí, se renovaron en mi mente las imágenes de lo que había visto, y me fué fácil ordenarlas. La contestura general de esta jornada consiste en una série de montes, que estriban al N. en la cordillera del Tambre surcados por varios arroyos de transparentes y bulliciosas aguas, que corren entre alisos hácia el E. á enriquecer el Ulla, regando antes angostas cañadas. La de la Labacolla, que las recibe del Amenal, es la única que vierte al O. en el Tambre. El punto más culminante de la cordillera, limite de esta distribución entre ambos rios, se divisa, una legua al N. sobre Boente con sus vertientes meridionales cubiertas de robles. Despues de bajar la colina en que esta Arzúa se atraviesa el rio Iso, que aunque el mayor de la jornada, no es más que un humilde tributario del Ulla, con quien confluye cerca de Portodomouro, recojiendo antes otro riachuelo que pasa cerca de Boente.

Respecto á la Mineralogía solamente pude notar que desde antes de S. Lázaro se presenta el anfíbol, cuyo nucleo es el Amenal. En las bases de las coquinas y en las hondonadas está por lo comun descompuesto en ocres ó barros, más ó ménos rojizos, uno de ellos cruzado por una cresta de granito muy impuro. Hácia la Labacolla desaparece gradualmente la anfíbolita convirtiéndose en gneis, y éste pasa luego al granito. En los tránsitos hay sílice en can-

tos grandes como rodados y en filones intermedios. El cultivo aquí es escaso y mal entendido: hay inmensos terrenos que roturar con ventaja. Cereales y prados naturales son la producción dominante. Tampoco hay más actividad en la industria fabril. La grandiosa fábrica de curtidos de la Labacolla y una tejera en el Amenal con algunos molinos harineros muy malos, es lo único que he encontrado; pero se echa de ver que la ganadería, y en especial la mular, ocupa mucho a los habitantes de este abandonado país.

J. M. GIL.

Setiembre de 1880.

(Se continuará).

LA GUERRA CIVIL.

FRAGMENTO.

Sacerdotes del bueno, del paciente,
del humilde Jesús crucificado:
venid unir vuestra oración ferviente
al clamor de mi pecho desolado,
que vuestra lengua dulce y elocuente
como el laud armónico é inspirado
del profeta de Sion, dará á la mía
raudales de potente poesía.
Acudid á mi ruego
ministros del Señor; acudid luego,
¡ay! que las llamas del incendio cunden,
que arde ya el templo y sus altares se hunden
en candescientes piélagos de fuego!...
Mas... ¡loco afán! El sacerdote impio
no oye el clamor de su deber ni el mío;
y alevé y parricida,
hirviendo el negro corazón en saña,
él es quizá el primero
que hunde el puñal artero
en el seno amantísimo de España.
El quien el esterminio preconiza,
él quien las ascuas de ese incendio atiza,
él quien huella la urna donde mora
la hostia sacrosanta,
y é quien allí dónde al Señor se adora
gritos de muerte y destrucción levanta!

MANUEL CURROS Y ENRIQUEZ.

Agosto de 1874.

LA BARONESA DE FRIGE.

X.

El infierno de la gula.

¿No habéis asistido jamás á una comida de curas en vuestras montañas? ¡Ah, entonces no podeis tener idea de la gula ó de la grosería soez de la materia, animada por el alcohol y la carne de ternera mechada, como ellos dicen con énfasis.

No les pongais más que ese plato, y vino á discreción, — y á la media hora desaparece en ellos toda idea del cielo y de la tierra, es decir, de la gloria que os venden y del *piso* que os cobran. Entonces no se evidenciará en ellos más que el sér carnal,

no el sér espiritual; no se evidenciará en ellos más que el sér obtuso, no el sér inteligente; en una palabra, no se evidenciará en ellos nada del hombre pensador, pero sí todo lo del hombre que *piensa*.

Séres que pasan la vida en la holganza de las holganzas, sin trabajo alguno corporal ni mental; séres puramente rutinarios en el púlpito y en el misal; plantas que chepan el jugo de las demás plantas sin otro trabajo que el de chapurrar ó más bien roer un poco latín ratonero, que ni ellos entienden ni el sacristán, ni el concejal, ni el maestro de escuela de la parroquia, parecen organizaciones concupiscentes puramente fundidas para encarnar los siete pecados capitales. En ellos, el espíritu se evapora completamente en la mesa, en el sillón y en la cama, para dejar palpante las manifestaciones potentes de la carne. Habladles de ciencias entónces, y os mirarán como asombrados... como si no vieran en vosotros otra cosa que un soñador. Habladles de religión entónces, y sólo os contestarán con muy pocas palabras, hijas de la rutina más grosera, trilladas en fin como el empedrado de las calles. Razonar! ¿por qué y para qué? Si en las ciudades, el clero no ilustrado es la calamidad moral mas deplorable, ¿qué no direis del clero rural, abandonado á sí mismo, y completamente entregado á sus desordenados apetitos de gula y de lujuria, de avaricia y de soberbia?

Como la mayoría de la mesa la constituían diez ó doce curas, se sirvió el *puré* con la mayor indiferencia por parte de aque los gastrónomos furiosos: apenas lo probaron, sus ojos gulosos no hacían más que girar con avidez, como si preguntaran á los ramilletes de dulce y á los jarrones de flores que se alzaban en el centro de la mesa, si no vendría su plato favorito, si toda la comida de Frige se había de componer de *melindres* á la francesa, de *chucheries* como *encurtidos*, manteca fresca, ruedas de salchichón, aceitunas, rábanos, etc., — *fioriture* gastronómica para excitar el apetito, pero que ellos no necesitaban por tenerlo continuamente excitado. Traduciendo con acierto su ansiedad, mandé secretamente que sirvieran su plato favorito, toda la *cruz de una vaca* asada ó sea el cuarto trasero.

Entónces, reposaron las miradas gulosas de los curas, concentrándose en sus platos, medio fuentes, que ellos llenaban hasta el rídículo, — y su respiración fatigosa al devorar la carne asada, marcaba ese período pleno de la gula que ellos denominan *á chea*, y los marinos humorísticos *gran lastre* ó *pleamar*.

Pero — como todos tenían entorno de una copa de agua á su derecha, un manojo de copas pequeñas, para llenarse de Burdeos, Jerez ó Oporto, los vinos en fin que más gustan, — ellos apenas hacían caso de aquellos dedales de cristal, y hubo alguno que mandó vaciar la copa de agua, la llenó con los diversos vinos que tenían las pequeñas y la bebió de un solo trago haciendo alarde del hecho donosamente.

Para evitar esos inconvenientes en el servicio de la mesa y dar á la vez gusto á los curas convidados, dispuse sigilosamente que sirvieran los *jesuses* y los colocasen frente á cada uno, retirándoles las copas.

¿Sabéis lo qué son *jesuses*? Un *jesús* es una taza grande de loza, de á cuartillo ó cuartillo y medio, y en cuyo fondo se vé pintada la imagen de Jesús: — invención del clero rural y de los conventos, con objeto de disimular mejor el vino que bebían en las casas ó en los refectorios, y que hoy apenas se conservan en el país, á no ser en alguna que otra casa solariega.

La vista de los *jesuses* regocijó en extremo á aquellos furibundos gastrónomos, sacándolos á la vez de apuros, — y dijeron á los camareros que servían á la

mesa, que en lugar de echarles en ellos vinos extranjeros echaran de Toro ó de Zamora.

Entonces se encontraron a sus anchas. La cruz de la vaca y los jesúses, constituían su delicia. No se servían de otra cosa, por más que pasaran y repasaran fuentes apetitosas, ya de salmón á la bayonesa, ya de aves trufadas, etc. *Cruz y Jesús* era su grito de guerra: la cruz de la vaca asada y la taza con la imagen del mártir del Gólgota.

La baronesa gozaba extremadamente, viéndolos comer y beber; y por más epigramas que les lanzaba, ponderando su elocuencia y frugalidad en no comer sino de un sólo plato, ellos no entendían de *indirectas* como decían á boca llena y bien llena.

La conversacion sólo la sostenían la baronesa y el Sr. de Monselan: la baronesa con sus pullas á la voracidad de los curas, y el potentado de Nemiña ponderando la cualidad de las peonías y tulipanes que tenía en su gran hacienda de Queiroso,—pues era frenético por las flores;—pero los curas no sostenían la conversacion, sólo la *aceniaban* con sus repetidos tragos ó *¡hasta verte Jesús mio!*—sarcasmo horrible contra el dulce cordero del Calvario, por aquellos hombres concupiscentes que se decían sus sacerdotes.

Los *jesúses*, pues, dominaban la escena, bajo la base de la cruz de una vaca asada,—pero esto mismo dió lugar á que todos los curas casi se embriegasen.

Y cuando la embriaguez los dominó por completo, cuando se pronunció más en ellos, fué cuando empezó el turbulento mareo de los brindis. ¡Qué de beber, y qué de brindis tartajosos y desacertados!—brindis que solo producían la hilaridad de los que estaban beodos, cual si sus organismos no vibraran sino de ese modo de vez en cuando, para dar señal así de que aún vivían aquellos cuerpos postrados asquerosamente por la no ménos asquerosa gula.

En la mayor parte de estos brindis ó *bombas*, como decían los curas de aquellas montañas del *Fin del Mundo* (Finisterre), siempre salía á relucir el *ama* de cada uno con un *cuismo* repugnante: sin esto parecía que no había *gracia* alguna para los demás. Recuerdo el brindis del cura de Touriñan, el cual dará una idea de lo impúdicos que serían los demás. Hélo aquí:

Por ver tan ilustre dama,
vine volando una legua
en las alas de mi yegua
y en los brazos de mi ama;
que ámbas hembras como es fama
me llevan á troche y moche,
son mi trono, son mi coche,
son mi gloria, mi alegría:
monto á la una de día,
monto..... de noche.

Perdonad si por las dos
voy á brindar al instante,
pues sería más galante
primero brindar por vos,
pero no lo quiere Dios,
y por eso, blando y pio,
como en el perdon confío
que imploro por mis agravios...
¡sube Jesús á mis labios
y... hasta verte Jesús mio!!

Piedad, en vez de retirarse de la mesa, persistía en ella,—animando el cuadro con sus cáusticos epigramas;—y al servirse el Champagne, como algu-

nos curas lo rehusaban, Piedad les manifestó rotundamente que se enojaría sinó brindaban por ella, no con Toro ni Zamora, sino con el espumoso néctar. A esto no hubo resistencia,—pero el champagne en el estómago de aquellos toneles de carne, fué el golpe de gracia para que no pudieran sostenerse en pié,—pues desde entonces empezaron á caer los curas, no ya en sus sillones ó de bruces sobre la mesa, sino hasta debajo de ella.

Entonces, pues, empezó el infierno...

Por aquellas bocas hediondas, no principiaron á salir sinó vómitos ó juramentos escandalosos... Por las espumosas bocas de aquellos condenados, no empezaron á salir sino *llamas morales*... Entonces si que empezó el infierno práctico, porque el infierno ídeal es imposible que tenga entre sus horrores horror más cruel que el de los efectos de la embriaguez... Las blasfemias se multiplicaban en aquellas bocas súcias, cavernosas, abrasadas, como si legiones de demonios agitaran los senos de aquellas almas, naufragas en el océano de la gula. Algunos curas se retorcieron con las ansias vertiginosas del vómito... otros pateaban el suelo como poseídos... otros lanzaban juramentos tan groseros contra lo más sagrado, que infundían el pánico más completo en el Sr. de Monselan y los demás circunstantes. Los desventurados eran bien dignos de compasion, por los tormentos que desgarraban sus entrañas, a consecuencia de la embriaguez implacable que los abatía...

—Esto si que es el infierno!—exclamó Piedad,—ved las convulsiones horribles de esos condenados y decidme si puede haber tormentos mayores!

—Verdadero infierno;—apoyó un señoron de Brántuas;—verdadero infierno es este, en que el fuego que abrasa los pechos de los pobres párrocos, no luce: *ardens et non lucens*.

—Compadezcámo-los, sobrinita,—dijo el señor de Monselan,—y manda avisar á sus criados para que aparezan las yeguas y se lleven á estos pobres diablos.

—En efecto,—apoyó el Sr. de Brántuas, que nunca hablaba sino para apoyarlo todo,—que carguen las yegüas de los curas *con sus fardos*.

Con esos padres de almas, ¿bebeis decir, y no *fardos*,—objetó Piedad epigramáticamente.

Y se reía como una loca al decirlo.

—Con esos padres de almas, en efecto, señora baronesa,—apoyó el de Brántuas,—porque efectivamente son padres de almas, destinados á eucaminar las almas á los cielos...

—Mientras ellos vomitan, juran ó patean en los infiernos ¿no es eso?—interrumpió Piedad humorísticamente.

Qué quíeres Piedad!—exclamó el Sr. de Monselan,—esto de la carne y los vinos, y los vinos y la carne, es un verdadero infierno. Si se dedicaran los párrocos á las flores como yo! Tengo una *yuca* de nueve años, Piedad, que da cada ramo, admirable, admirable! El que dé para setiembre, te lo ofrezco... Tengo camelias que...

Siguió el Sr. de Monselan hablando de sus flores, y mientras los camareros condujeron fuera del comedor y del palacio los cuerpos de los curas, que se dejaban llevar como cadáveres;—verdaderamente que no eran otra cosa que *cadáveres morales*, miembros podridos, harapos asquerosos de una sociedad no ménos cadavérica y corrompida por su refinada hipocresía y por su idealismo teístico, pues le han hecho creer que Dios tan sólo está en las iglesias, cuando Dios está en todas partes.

B. VICETTO.

(Se continuará.)